



Peruanos contra el mundo

por Alonso Rabí do Carmo

¿Cuál es el estilo de vida que predomina entre los peruanos? ¿Cómo manifestarnos ante esa “idiosincrasia criolla” que tanto daño hace al país?

Basta salir a la calle y observar la conducta ciudadana para graficar con toda claridad uno de los peores males que padecemos los peruanos: nuestra ya legendaria resistencia a cum-

plir normas, respetar leyes y límites, en fin, la carencia de proactividad en áreas sensibles de la vida social que, de ocurrir de otro modo, haría más grata la vida en el país.

Si esto ocurre en el nivel microsocial (el barrio y sus alrededores, por ejemplo) ya puede usted ir poniendo esa mueca de espanto cuando compruebe

que en el nivel macro (esfera política) el color de las cosas oscurece aún más.

El peruano es indomable, incorregible en su elan anárquico, único en su inspirado desorden. Un congresista recién elegido jura ejemplaridad ante todas las cadenas de televisión y al poco tiempo ya está envuelto en algún lío judicial.

Un cartel prohíbe arrojar basura en la vía pública y en cuestión de horas se yergue, orgulloso, un montículo de desperdicios para curar la soledad del poste que lo sostiene.

Se inauguran puentes peatonales en las carreteras, pero solo los idiotas los usan; tentación

irresistible para el peruano vivo, chonguero y sapiente en las artes de la calle, que se ve a sí mismo como un performer esquivando autos que van de 80 kilómetros por hora en más.

Y si a esto le suma usted la informalidad, y le suma también la piratería (la editorial, la discográfica y la del transporte) el cuadro es de un dramatismo sin parangón. Uno se pregunta por la institucionalidad, un bien que en otras latitudes se cuida mejor que el Santo Grial. Aquí, para ser francos, parece no importar mucho. Nuestras acciones expresan claramente que no estamos interesados, salvo excepciones, en construir una nación articulada, que

apunte al bienestar ciudadano sin caer en el irrespeto de las diferencias.

Es mucho trabajo. Implica acciones en varios terrenos, esfuerzos enormes de educación, información, observación, entrenamiento ciudadano. ¿Cuántos estamos dispuestos a empujar el carro en esa dirección? ¿Cuántos quisieran, honesta y abiertamente, emprender la batalla contra unos estilos de vida que no han aportado nada más que satisfacciones momentáneas y egoístas? Deberíamos comenzar cuanto antes a hacernos visibles.

